

## EL CONOCIMIENTO TRAE DOLOR: UN TEMA EN LA LITERATURA GRIEGA<sup>1</sup>

En una ocasión pronuncié una conferencia<sup>2</sup> en la que señalaba determinados mensajes que la Grecia eterna nos da. Ampliaré ahora un poco uno de ellos, el cual casi todos conocen, porque está en el célebre *Edipo rey*, de Sófocles. Vamos a pecar de excesivos, pero recordemos brevemente la historia del héroe.

Edipo era hijo de Layo, el rey de Tebas, y de Yocasta. Un oráculo había revelado a Layo que estaba destinado a morir en manos de su propio hijo. Como Yocasta dio a luz, Edipo fue expuesto en el monte Citerón. Allí fue recogido por un pastor de Pólipo, rey de Corinto. El rey y su esposa non tenían hijos: por ello criaron al niño como propio. Años más tarde cierto hombre corintio le dijo a Edipo que él no era el hijo de Pólipo. Ante estas palabras, el héroe fue a Delfos para consultar el oráculo. Este replicó que estaba predestinado a matar a su padre y casarse con su madre. Engañado Edipo por esta ambigua respuesta, huyó de Corinto, pues no quería mancharse con semejante crimen. Llegó a Tebas, donde mató en una riña en el camino a Layo, ignorando que este era su propio padre. Libró también a la ciudad de la Esfinge, un terrible monstruo. Como premio por esto, recibió como esposa a Yocasta, de quien tendría cuatro hijos, y reinó sobre Tebas. Llegamos ya a la parte en que nos detendremos un momento, pues una temible peste se abatió sobre la ciudad. Los tebanos consultaron el oráculo de Delfos, el cual respondió que la peste solo tendría fin cuando fuera expulsado de la ciudad quien había matado a Layo. Edipo pronunció una solemne maldición sobre el desconocido matador.

En la mencionada tragedia, Edipo hace venir a Tiresias, un anciano que es ciego pero tiene otra luz, la de la adivinación. El héroe recurre a la sabiduría profunda del vate, pero este le responde: “¡Cuán funesto es el saber cuando no proporciona ningún provecho al sabio!”<sup>3</sup> Edipo no comprende el sentido de esas palabras e insiste. Ante las sucesivas negaciones, interpreta mal, pues piensa que Tiresias es cómplice del asesino. Pero en realidad no percibe que ese conocimiento que busca, y que conseguirá, le traerá inmenso dolor: “Ese hombre que tanto tiempo buscas y a quien amenazas y pregonas como asesino de Layo, ése está aquí; se le tiene por extranjero domiciliado; pero pronto se descubrirá que es tebano de nacimiento, y no se regocijará al conocer su desgracia. Privado de la vista y caído de la opulencia en la pobreza, con un bastón que le indique el camino se expatriará hacia extraña tierra. Él mismo se reconocerá a la vez hermano y padre de sus propios hijos; hijo y marido de la mujer que lo parió, y comarido y asesino de su padre. Retírate, pues, y medita sobre estas cosas; que si me coges en mentira, ya podrás decir que nada entiendo del arte adivinatorio.”<sup>4</sup>

Copio ahora un pasaje que escribí para la conferencia a que me refería al comienzo, “Algunos mensajes de la Grecia eterna.”<sup>5</sup> Todos conocemos a Perseo, el héroe de las sandalias aladas y portador de la cabeza de Medusa, que petrificaba con su aspecto. Pero hablemos un poco de su madre Dánae, hija de Acrisio, rey de Argos. Un oráculo había anunciado que Dánae daría a luz a un hijo que mataría a su abuelo. Por esta razón Acrisio encerró a Dánae en una torre. Allí la joven fue visitada por Zeus, que tomó forma de una lluvia de oro. Acrisio ordenó que Dánae y el vástago –Perseo– fueran arrojados al mar en una suerte de urna. Esta urna flotó hasta llegar a la isla de Sérifo, una de las Cícladas. Allí fueron rescatados por un pescador llamado Dictis.<sup>6</sup>

Ahora bien, de Simónides, un poeta lírico griego arcaico (fl. c. 520 a. C.), tenemos el siguiente fragmento.

Cuando, en el arca fina, sintió el soplo  
del viento y la corriente  
del mar revuelto, a Dánae  
le entró miedo y, con las mejillas húmedas,  
se echó sobre Perseo y, abrazándolo,  
dijo: “¡Qué pena tengo,  
hijo! Pero tu sueño no se turba,  
y duermes, no pensando  
sino en mamar, en este leño triste  
claveteado de cobre, que en la noche  
reluce, y donde sólo  
la oscuridad azul  
te arropa. No te importan  
ni el agua que te pasa por encima  
sin tocarte el cabello, ni el bufido  
del viento: siempre apoyas  
la hermosa cabecita en la frazada.  
Si te espantara lo que causa espanto,  
ya habrías dado oído a mis palabras.  
Quiero que duermas, niño;  
y que se duerma el mar, que al fin se duerma  
esa aflicción inacabable. ¡Que haya  
un cambio, padre Zeus,  
por tu merced! ¡Ay, si cualquier palabra  
injusta o temeraria hubiese dicho  
al suplicarte, perdónamelo!”<sup>7</sup>

Dánae tiene *deîma*,<sup>8</sup> ‘temor’ (v. 4), y lo manifiesta con lágrimas y con el ánimo de proteger a su débil pequeño; le habla también buscando un extraño consuelo, que no parece poder dar un infante, que además duerme (*aoteîs* es el inusitado verbo, v. 8). La escena es terrible y a la vez bellísima, pues en la hermosura de la noche profunda<sup>9</sup> brilla aún más el ‘hermoso rostro’ (v. 17) de Perseo. Pero la madre sabe que el sueño no debe ser perturbado, y le ordena (*kéloomai*, v. 21) seguir durmiendo. En efecto, el niño será un héroe, pero empieza a serlo también ahora, pues Dánae confía en que se dormirán ante él también el mar y los males que parecen sin cuento.<sup>10</sup> Ese cambio en la mente de Zeus es esperable, porque el rey de los dioses ha sido amante, pero también es ‘padre’ de la tierna muchacha.

Los ejemplos que faltan son también de Sófocles. Empecemos por su *Áyax*. Era este el más valeroso de los aqueos, después de Aquiles, de quien era primo. A la muerte de Aquiles, se suscita una disputa: Áyax y Odiseo reclaman las armas del gran guerrero, las cuales eran obra del dios Hefesto. De nada le valió el haber salvado más de una vez a los griegos, el haber evitado que el cadáver de su primo (la afinidad de sangre era otro argumento) fuera despojado por los troyanos y el haber luchado muy bien contra el troyano Héctor. Los jefes de los griegos decidieron que las armas serían para Odiseo. La ira de Áyax fue tan grande que quiso matar a los jefes aqueos. La diosa Atenea le hizo

perder la razón; Áyax mató entonces un rebaño de ovejas, pensando que se trataba de sus camaradas de armas. Cuando el héroe recuperó la razón, se dio cuenta de lo hecho y se quitó la vida con una espada que le había regalado Héctor.

Los lectores desde siempre han tomado partido en el juicio, y a menudo han manifestado su desacuerdo con la decisión de los jefes de los aqueos, pues consideran que Áyax merecía las célebres armas de Aquiles. Por ejemplo, para no abundar, Luís de Camões, el príncipe de los poetas portugueses, dice en *Os Lusíadas*, hablando de las decisiones injustas de muchos jefes:

Isto fazem os Reis quando embebidos  
Néa aparência branda que os contenta:  
Dão os prémios, de Aiace merecidos,  
À lingua vã de Ulises, fraudulenta.<sup>11</sup>

En el drama sofocleo el héroe recobra su mente, por el espacio de tiempo suficiente para hablar con su esposa y con sus hombres. Ellos temen –adivinan, diríamos también– el desenlace fatal y tratan de convencerlo, para que no se suicide. Este final no es una agonía de lecho de enfermo sino la muerte de un hombre en todo su vigor, que toma una decisión inconvencible. Pero, además de su mujer Tecmesa, está también su hijo Eurísaces. Este tenía ciertamente un nombre digno de su padre, pues su significa ‘de ancho escudo’: el de Áyax era de bronce, pero con siete pieles de buey.<sup>12</sup>

El paso que nos interesa es aquel en que Áyax le ordena a Tecmesa que traiga a Eurísaces: “Conviene que desde niño se eduque en las crueles costumbres de su padre y que le iguale en valentía. ¡Hijo mío, ojalá seas más feliz que tu padre; y en todo lo demás, igual! Así nunca serás cobarde. Sólo te envidio ahora, porque no te das cuenta de ninguno de estos males; pues en el pensar no está el placer de la vida (ya que el no pensar es efectivamente un mal sin pena), mientras no llegues a saber lo que es placer y dolor.”<sup>13</sup> El griego dice *epaisthánei* (v. 553): para el héroe ‘percibir’ es mejor que *tò phroneîn* (v. 554), pues ‘pensar’ no siempre es causa de una ‘vida muy dulce’ (v. 554). El niño, tan débil, es mucho más feliz que su fuerte padre, pues goza de ‘suaves aires’ (v. 558) mientras alimenta su alma tierna. Tal ironía se debe a que el conocimiento puede estar asociado al dolor. Y esto mismo lo veremos en el *Filoctetes* de Sófocles.

Como siempre, empecemos por el mito. Filoctetes era un héroe que había heredado las flechas de Heracles; estas siempre daban en el blanco. Es uno de los aqueos que van a la guerra de Troya, pero no llegó en primera instancia a su destino. En efecto, de camino, una serpiente lo mordió en un pie en una isla, rumbo a la ciudad de Príamo. Odiseo convenció a los demás jefes sobre la conveniencia de dejarlo abandonado allí. Como después de diez años los griegos no terminaban de tomar Troya, un vaticinio les revelaba que, para lograrlo, debían tener las flechas de Heracles. Por ello Odiseo y Neoptólemo, el hijo de Aquiles, van en su busca. Ahora bien, el rey de Ítaca no se mostrará inmediatamente a Filoctetes, dado el rencor que contra él razonablemente le tendría. Digamos, para abreviar, que finalmente Heracles aparece desde el aire, como héroe divinizado que era, y convence a Filoctetes para que vaya a Troya. Allí será uno de los que capturarán la ciudad.

Esto es lo que necesitamos para leer la obra sofoclea. Ahora bien, en un pasaje de ella Filoctetes, después de sufrir uno de los ataques de delirio que le provocaba la

llaga de su pie, se entrega al sueño. El coro de la pieza, marineros que estaban al servicio de Neoptólemo, se apiada del héroe y del engaño que va a sufrir, de parte de sus compatriotas. Por ello exclama, invocando al Sueño: “Sueño que no sabes lo que es dolor, sueño que ignoras las penas, ven a nosotros propicio, ¡oh rey que haces la vida dichosa! Y consérvale en sus ojos esa serenidad que ahora sobre ellos se tiende. ¡Ven, ven en mi auxilio, alivio de todo mal!”<sup>14</sup>

El sueño es *adaés*, ‘desconocedor’ (v. 827), de cuidados y dolores. Recordemos que para los antiguos era un dios, y un dios aliviador. Sófocles dice *paión*, (v. 832), palabra que era epíteto de Apolo, protector también de la medicina, y que como adjetivo general podría traducirse ‘sanador’, ‘médico.’ Como vemos, aquí también tenemos la idea de que desconocer, si no es mejor, al menos nos obsequia con el alivio y el reposo.

No obstante, a veces no somos del todo sinceros con nosotros mismos, pues otro personaje sofocleo así nos lo enseña. Deyanira, mujer de Heracles, trata de arrancar una confesión de un compañero de su marido. Le pide al heraldo Licas que le revele la verdad: ¿es cierto que el héroe tomó una ciudad entera fundamentalmente por el deseo de poseer a una muchacha, a Yole, hija de Éurito, rey de Ecalia? Le dice a Licas que ella ya sabe que el héroe ha amado a otras, pero “el no salir de dudas es lo que me da pesadumbre, que el saberlo, ¿qué me ha de espantar?”<sup>15</sup> A pesar de esta honesta sinceridad, el conocimiento de los hechos hará que Deyanira sea la causa de la muerte de su esposo y de la de ella misma.<sup>16</sup>

Tal vez, después de leer lo anterior, alguien se pregunte -en realidad yo me lo pregunté- cómo los griegos, que amaban tanto el conocimiento, nos han dejado tales ejemplos, como los vistos. Muchas respuestas podrían darse, pero esto escapa a mi vana ciencia. Solo sé que ellos, a pesar del dolor, no disminuyeron su ansia filosófica. Más que responder, prefiero citar a Giordano Bruno en *Il volo del filosofo*:

Poi che spiegat’ho l’ali al bel desio,  
quanto più sott’il piè l’aria mi scorgo,  
più le veloci penne al vento porgo,  
et spreggio il mondo, et vers’il ciel m’invio.

Né del figliuol de Dedalo il fin rio  
fa che giù pieghi, anzi via più risorgo.  
Ch’i’cadrò morto à terra ben m’accorgo.  
Ma qual vita pareggia al morir mio?

La voce del mio cor per l’aria sento:  
-Ove mi porti, temerario? China,  
Che raro è senza duol tropp’ardimento.

-Non temer, respond’io, l’alta ruina.  
Fendi sicur le nubi, e muor contento,  
S’il ciel s’illustre morte ne destina.<sup>17</sup>

El poeta conoce bien el mito de Ícaro, quien voló demasiado alto y derritió, ante el calor del sol más cercano, la cera que unía las alas que le permitían volar: desoía así los prudentes avisos de su padre Dédalo. Pero es del sabio despreciar los riesgos del

mundo ('desprecio el mundo', v. 4), a pesar de que sabe cuáles pueden ser tales riesgos ('que caeré muerto a tierra bien lo sé', v. 7). Pero el amante del conocimiento no toma el saber como moneda de cambio, no lo sacrifica por una vida más fácil: '¿Pero qué vida emparejará mi morir?' (v. 8). Por todas partes ('por los aires', v. 9) siente sus propios temores y los de quienes intentan disuadirlo de su 'mucha audacia' (v. 11). Él prefiere responderse a sí mismo, pues está seguro –como los griegos, que a pesar de todo apostaron por la filosofía– de que el destino ('el cielo', v. 14) al menos lo ha llamado a una ilustre muerte.

Raúl Lavalle

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada el 13 de mayo de 2007, en la Biblioteca Nacional, en un acto cultural organizado por la Asociación Helénica Nostos.

<sup>2</sup> "Algunos mensajes de la Grecia eterna", palabras dichas en la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, el 18 de marzo de 2007 en un acto por la independencia de Grecia.

<sup>3</sup> Sófocles, *Edipo rey* 315-316. Para las citas de sus traducciones, empleo la versión española de José Alemany Bolufer, que tomo de: Sófocles. *Siete tragedias*, 2ª ed. México, Editores Mexicanos Unidos, 1980.

<sup>4</sup> Sófocles, *Edipo rey* 449-462.

<sup>5</sup> Esta parte del trabajo escrito no fue leída, en aras de la brevedad, pues el citado acto patriótico por la independencia griega incluía un nutrido programa.

<sup>6</sup> Resumen según: G. E. Marindin. *A smaller classical dictionary of biography, mythology, and geography*. London, John Murray, 1947, s. v. ACRISIUS.

<sup>7</sup> Cito por: *Líricos griegos arcaicos* (ed. Juan Ferraté). Barcelona, Seix Barral, 1968, fragm. 21.

<sup>8</sup> Empleo aquí, contra mi gusto y para comodidad, algunas transliteraciones basadas en la pronunciación llamada erasmiana.

<sup>9</sup> El griego define el color de la noche con la palabra *kyáneos*, v. 12, que –dicen los diccionarios– puede corresponderse con un azul sombrío y, por natural corrida de significado, con un negro.

<sup>10</sup> Algo un poco aproximado se halla en la historia mítica de Hércules. Cuando el héroe tenía menos de un año, "Hera intentó perderlo. [...] Hacia medianoche, la diosa introdujo en la habitación dos enormes serpientes, que se enroscaron en el cuerpo de los niños [Heracles y su hermano Íficles] Íficles se puso a llorar, pero Heracles, intrépido, agarró los reptiles por la garganta, uno en cada mano, y los ahogó" (cf. Pierre Grimal. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona – Buenos Aires, Paidós, 1981, s. v. HERACLES). Esta historia mítica fue narrada por Teócrito, en el idilio "Heracles pequeño."

<sup>11</sup> Luís de Camões, *Os Lusíadas* 10, 24.

<sup>12</sup> Cf. Homero, *Ilíada* 7, 220, y *passim*.

<sup>13</sup> Sófocles, *Áyax* 548-556.

<sup>14</sup> Sófocles, *Filoctetes* 827-832.

<sup>15</sup> Sófocles, *Traquinias* 458-459.

<sup>16</sup> Para reconquistar el amor de su marido, Deyanira da a este cierta túnica, la cual, según ella pensaba, podía encantar mágicamente el corazón de Heracles. En realidad le provoca la muerte; ante esto, ella se quita la vida con una espada.

<sup>17</sup> Tomado de: *La poesía italiana en el tiempo* (sel. Antonio Aliberti). Buenos Aires, Instituto Italiano de Cultura – Atuel, 1999, p. 134. Cf. también: [http://www.alkemik.com/thenolan/poesia\\_bruno.htm](http://www.alkemik.com/thenolan/poesia_bruno.htm) .